

PRESENTACIÓN

El hecho de haber mantenido esta segunda edición del Congreso del Neolítico en la Península Ibérica prácticamente la misma estructura temática que la primera, brinda una buena ocasión para reflexionar sobre muchos aspectos de la dinámica de investigación, tanto en lo que se refiere a los resultados obtenidos y los modelos teóricos sustentados como a la propia continuidad o discontinuidad de los proyectos de investigación y sus enfoques. Dicho en otros términos, el disponer del embrión de una serie temáticamente homogénea de comunicaciones de investigación (que esperamos se prolongue en el futuro) nos permite conocer “en tiempo real” el desarrollo de la *agenda* de investigación sobre el Neolítico peninsular.

En aquel primer Congreso tuve la satisfacción como en este segundo de ocuparme de la coordinación de este mismo *Ámbito V*: cambio cultural y desarrollos regionales. Me remito pues a lo que entonces escribí en la presentación de la sesión, sobre el sentido de la unidad temática propuesta en el conjunto del resto de las sesiones del congreso: la consideración del Neolítico como *proceso*, por oposición al tratamiento más bien estático (el Neolítico como *estado*) implícito en los anteriores ámbitos temáticos. El término proceso hace referencia aquí a “trayectorias históricas de formaciones sociales concretas que se desarrollan en tiempos y espacios concretos”. Al enfocar el registro neolítico de la Península, considerada como unidad de análisis, surge como imperativo para la mencionada *agenda* de investigación el determinar las escalas, correlaciones y solapamientos de estos tiempos y espacios. Ciertamente la tarea colectiva prioritaria es la definición del mapa diacrónico del Neolítico peninsular. La mayor parte de las comunicaciones presentadas dentro de este ámbito V, tanto en la reunión de Gavá como en esta de Valencia, pueden encuadrarse netamente dentro de esta tarea, bajo el epígrafe de “desarrollos regionales”. Sin embargo, como señalaba en la citada *presentación*, esta tarea está estrechamente vinculada con la definición de modelos interpretativos de estos desarrollos, de la que inevitablemente emerge la unidad de análisis peninsular como marco en el que los procesos regionales cobran un sen-

tido histórico. Este esfuerzo tiene dos dimensiones, teórica y metodológica, y se expresa en dos tipos de comunicaciones que no han faltado (si bien tampoco han abundado) en ninguna de las dos ediciones del congreso: síntesis interpretativas regionales o peninsulares y comunicaciones de orientación conceptual o metodológica. Resulta interesante constatar que, como veremos, el debate que sigue a la lectura de las comunicaciones se orienta inevitablemente hacia estos aspectos teóricos generales, incluso en el caso de que la discusión se centre en aportaciones regionales concretas. Este hecho revela con claridad la centralidad de los problemas teóricos en la dirección de los procesos de investigación, y la dificultad de progresar en la tarea de elaborar el registro diacrónico del Neolítico peninsular sin disponer de un modelo interpretativo del proceso de neolitización. En realidad este modelo está siempre implícito en la investigación factual, y por eso los problemas teórico-interpretativos emergen inevitablemente en los debates. Pero el escaso número de comunicaciones que abordan directamente su discusión demuestra que el de la discusión teórica es un campo todavía por definir en el contexto de los estudios Neolíticos.

Paso a continuación a discutir algunos aspectos más concretos de la sesión, siempre dentro de la perspectiva comparativa que he adoptado para esta presentación.

Como se ha dicho, la mayor parte de las contribuciones presentadas dentro del ámbito V pueden adscribirse temáticamente al epígrafe “desarrollos regionales”. Contribuciones por lo tanto a la tarea de definición del “mapa diacrónico” del Neolítico peninsular, de sus espacios y sus tiempos. Uno de los resultados destacables del anterior congreso en este terreno fue poner de manifiesto el progreso experimentado por esta tarea en la década anterior, con la práctica desaparición de los notorios “vacíos” que tradicionalmente han venido fragmentando la posibilidad de contemplar la neolitización como un proceso único en el ámbito peninsular.

Esta tendencia queda refrendada por los trabajos presentados en este segundo congreso. Hay que destacar al respecto dos novedades importantes. En primer lugar el “cierre”, al menos simbólico, del mapa general de la neolitización

peninsular, con la presentación de una comunicación sobre el Neolítico en Galicia. Galicia y el Norte de Portugal fueron, en efecto, las únicas regiones peninsulares sobre las que no se presentó ninguna comunicación dentro de este *ámbito* en el primer congreso.

En segundo lugar, hay que destacar los importantes progresos experimentados por el conocimiento del Neolítico en el interior peninsular, particularmente en la Meseta Norte, uno de esos espacios tradicionalmente considerados “vacíos”, o al menos marginales. Este progreso no se refiere tanto a la existencia de importantes vestigios neolíticos en la cuenca del Duero, que ya nos era conocida desde el anterior Congreso, cuanto al desarrollo de una investigación sistemática que comienza a revelar la magnitud y conexiones trans-regionales del Neolítico interior.

No obstante, llama la atención, al comparar las dos ediciones del Congreso, la ausencia en éste de comunicaciones sobre áreas geográficas que sí recibieron atención en la reunión de Gavá. Estos son los casos de Cataluña, Aragón, Andalucía Occidental y la Cuenca del Guadiana. El caso de Portugal es algo diferente, puesto que, aún manteniendo una presencia cualitativamente importante, el conocimiento de sus procesos regionales sigue siendo incompleto y muy focalizado sobre el área central del país. Otras áreas peninsulares mantienen una presencia muy débil, como es el caso de la cuenca española del Tajo (la única comunicación programada no se llegó a leer en la sesión, al igual que la programada sobre Baleares). Por último, la presencia del área Cantábrica y el Sureste muestra una destacable continuidad en el esfuerzo investigador.

Naturalmente este comentario comparativo no nos puede llevar por sí mismo a ninguna conclusión justa. La mayoría de las áreas citadas están presentes en otras secciones del Congreso, con aportaciones importantes en todos los casos. Sin embargo su representación en el ámbito V sí debe considerarse significativa con respecto a varios aspectos de la dinámica de la investigación, por cuanto implica la existencia de proyectos, o al menos enfoques, de alcance regional. Debemos entender, por lo tanto, que las contribuciones a esta sesión debían ofrecer un indicador de la progresiva implantación en el campo de los estudios neolíticos peninsulares del enfoque regional como marco predominante de la investigación. Si bien esto no es necesariamente así, como veremos, puede ser este un buen criterio, más allá de las comparaciones que anteceden, para evaluar los resultados de la sesión desde el punto de vista de la dinámica de la investigación.

La generalización de lo que, a falta de mejor denominación, podemos llamar “enfoque regional” como marco para la práctica arqueológica, es uno de los cambios más notables que ha experimentado la metodología arqueológica en las últimas décadas. Este fenómeno, que paradójicamente ha pasado prácticamente desapercibido, es el resultado de varios procesos, que afectan tanto a la “historia interna” de

la Arqueología (sus teorías, métodos y paradigmas) como a su “historia externa” (sistemas de financiación, surgimiento de una “Arqueología pública”, descentralización administrativa, etc.). Dejando de lado los (poderosos y determinantes) factores “externos”, hay que señalar que la maduración teórico-metodológica de la disciplina ha venido marcada por un progresivo desplazamiento de su objeto desde el “artefacto” al “sitio arqueológico”, y desde este a la articulación entre sitios y entre estos y su entorno. Estrictamente hablando, el “enfoque regional”, no sería por lo tanto el resultado de una mera extensión de la tradicional “arqueología de sitio” a una escala espacial mayor mediante la multiplicación de intervenciones, sino el planteamiento explícito de los procesos de ocupación y explotación del territorio como centro de interés de la investigación y matriz para una práctica integrada de la “arqueología de sitio”. Este planteamiento implica importantes cambios en el enfoque teórico y en la estrategia de investigación. En el orden teórico nos sitúa ante la necesidad de concebir el objeto teórico de nuestras interpretaciones en términos de **procesos históricos que afectan a formaciones sociales** y dotarnos de las categorías conceptuales necesarias para afrontar su comprensión. La expansión de una matriz conceptual histórica y sociológica autoconsciente para la Arqueología ha estado lastrada largo tiempo por la consideración del “grupo humano” (por tomar la fórmula más frecuente en la literatura arqueológica), referente del “sitio arqueológico” individual, como unidad de análisis, y del propio “sitio” como límite de las actividades de aquel accesibles a la observación arqueológica. Esta limitación impone una descontextualización de nuestra representación del propio “grupo” que termina por hacer incomprensibles incluso aspectos puramente arqueográficos del registro, al privarnos de una estimación de las escalas de variabilidad arqueológica. La Arqueología tradicional ha tratado de superar estas limitaciones mediante la multiplicación de las intervenciones y mediante el recurso, en menor medida, a una supuesta teoría del “cambio cultural”. Pero los propios resultados de estas estrategias de investigación han ido poniendo de manifiesto que los problemas no están en nuestro incompleto conocimiento de los fenómenos que ocurren en el interior de los yacimientos arqueológicos, sino en la necesidad de comprender la relación entre estos y su entorno geográfico y de poblamiento, y que nuestros “grupos” no subsisten independientemente, sometidos a ciclos inmanentes de “cambio cultural”, sino que son parte de un tejido social que se extiende más allá de ese límite y que funciona en todo momento como totalidad, que sólo puede resultar comprensible como tal totalidad.

Estos desplazamientos teóricos se reflejan naturalmente en las estrategias de investigación. En primer término imponen una escala regional, aunque el significado del término “región” esté por determinar. En cualquier caso se requiere una delimitación del espacio que tenga un significado geográfico como unidad de análisis, y esta propia demanda de la

coherencia interna del enfoque impone a su vez una aproximación a la Geografía que es tal vez uno de los progresos teóricos más notables que debemos al empuje inicial del procesualismo. En segundo lugar, determinan la necesidad de un enfoque diacrónico, por cuanto la propia naturaleza del registro arqueológico (siempre imprecisa desde el punto de vista del tiempo) hace que cualquier ampliación de la escala geográfica genere una ampliación correlativa de la profundidad temporal del marco comparativo. Pero además de estas razones empíricas, la propia noción de formación social determina un tiempo más extenso que el del sitio arqueológico individual. Es posible que podamos describir arqueográficamente una fase cultural sin considerar las que la preceden y suceden, pero es difícil que podamos comprenderla en términos de proceso histórico.

Por último, implican una diversificación de los centros de interés de la investigación factual y una redefinición de las prácticas metodológicas. En la primera corriente se encuadran los cada vez más numerosos estudios sobre el medio ambiente y los aspectos tecno-económicos y subsistenciales del registro arqueológico, mientras que en el segundo hay que destacar el creciente peso de los programas de prospección sistemática.

Considerando desde la perspectiva de estos rasgos característicos los materiales encuadrados en el ámbito V podemos constatar que, efectivamente, la formulación de proyectos de investigación a escala regional está desempeñando un papel importante en la apertura de áreas geográficas a los estudios neolíticos (es el caso evidente del área vasco-cantábrica y de la Meseta Norte) o replanteando, en zonas con mayor tradición de investigación, los esquemas interpretativos vigentes (como en el Sureste). Sin embargo, parece evidente que para valorar en su justa medida el impacto del enfoque en el estado general de los estudios neolíticos peninsulares debemos considerar el conjunto de todas las secciones del congreso. En efecto, muchas de las comunicaciones de otros ámbitos temáticos presentan resultados parciales de los mismos u otros proyectos regionales, o requieren en su propio planteamiento enfoques a escala regional, como sería típicamente el caso de gran parte de las comunicaciones de los ámbitos I (Medio ambiente y subsistencia) y III (Asentamiento y territorio). Esto explica la ya comentada ausencia en la sesión de contribuciones sobre áreas con una notable tradición y densidad de investigación, que sin embargo están bien representadas en aquellas u otras secciones (como es el caso de Cataluña). Esto es cierto, pero sugiere que, en cualquier caso, muchos equipos de investigación no han sentido la necesidad de presentar globalmente sus proyectos, escalados regionalmente *de facto*, como contribuciones a la definición del mapa diacrónico del Neolítico peninsular. Nos encontramos así con una dificultad sustancial para articular los resultados de investigación regionales

en una unidad de análisis peninsular. Estas dificultades se hacen perceptibles al considerar el muy escaso peso que los problemas cronológicos tuvieron en la sesión, en comparación con la antecedente de la reunión de Gavá, pero también por la aparición recurrente en las discusiones de los mismos problemas teóricos generales que vienen centrando el debate especializado en las últimas décadas, básicamente el esquema interpretativo del proceso de neolitización en torno al "paradigma dual". Aparentemente los mencionados progresos en el conocimiento de la neolitización de áreas de la Península hasta hace poco desconocidas no ha aportado nuevas bases para hacer progresar este debate.

En efecto, como se puso de manifiesto en la viva discusión provocada por la comunicación de la Dra. Almudena Hernando (la única por otra parte que se centraba específicamente en aspectos teóricos y metateóricos) la mayoría de los contribuyentes a la sesión se reconocen como adherentes del citado paradigma y de la tradición teórica que lo sustenta. Este hecho sugiere que los progresos en la investigación factual están firmemente asentados en las categorías teóricas de esta tradición, de tal modo que el proceso de investigación sólo puede generar más confirmación empírica para sus propios planteamientos. Esta situación no debe valorarse negativamente, en la medida en que representa, como ya señalé en la reunión de Gavá, la consolidación de una dinámica de "investigación normal" en el campo de los estudios neolíticos peninsulares.

En conclusión, y como valoración general del desarrollo de la sesión tenemos que subrayar dos cosas:

- la progresiva implantación en los estudios neolíticos peninsulares de enfoques regionales de investigación es patente y ha permitido sustanciales progresos, pero permanece aún lastrada por un grado muy escaso de autoconciencia por parte de los investigadores de las implicaciones teóricas de su adopción.

- tanto las comunicaciones sobre resultados de investigación como la recepción por los asistentes de los puntos de vista críticos sobre teoría denotan la consolidación de una dinámica paradigmática muy fuerte en torno al núcleo duro de la "teoría dual".

A partir de estas constataciones podríamos iniciar una discusión sobre el desarrollo futuro de la investigación, a la que estas notas pretenden introducir. Pero ningún análisis crítico puede pasar sobre el hecho incuestionable de la buena salud y prometedor futuro de los estudios neolíticos en la península que, sean cuales sean sus carencias globales, los materiales presentados acreditan.

JUAN M. VICENT GARCÍA
Centro de Estudios Históricos (C.S.I.C.)
Madrid